



Antonio Gamoneda
Un armario lleno de sombra



ANTONIO GAMONEDA

Un armario lleno de sombra

Galaxia Gutenberg

La primera edición de esta obra estuvo al cuidado de Nicanor Vélez

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: febrero de 2020

© Antonio Gamoneda, 2009, 2020
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2020

Preimpresión: Maria Garcia
Impresión y encuadernación: Sagrafic
Depósito legal: B 675-2020
ISBN: 978-84-17971-69-4

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

No sé si la voluntad de escribir sobre mi infancia –de escribir mi infancia– tiene alguna causa. El olvido progresa en mí y se hace parte de un silencio intelectual que, fugazmente, me proporciona algo parecido a un bienestar. Un bienestar vacío.

En el olvido están los recuerdos. Advierto que mi aprendizaje de vejez no es otra cosa que la forma que adoptan ahora en mí el pasado y sus sombras.

Hay situaciones y pequeñas causas, lejanas unas y otras anteriores a mi vida; todas –las segundas también– permanecen en mi pensamiento y están dentro de luces declinantes o inmóviles. Recuerdo los pregones, los fracasos de cristal o de loza, el olor a trementina de los muebles y el de la cera que no podía pisarse. Veo montones de estiércol, humeantes y rodeados de nieve en la cercanía de establos; escucho el sonido de goznes y de sábanas crujientes envolviendo cuerpos (yo mismo puedo ser uno de esos cuerpos). Huelo sustancias suspendidas en la atmósfera de una habitación en la que alguien acaba de

morir. Veo el halo amarillo de lámparas sobre mesillas de noche altas y torneadas y la caída de gotas negras sobre vasos mediados de agua (cada gota va a hacer que el agua se estremezca). Me llega un susurro que se produce en la zona de sombra: es mi madre que cuenta las gotas despacio. Los nombres de los números no se oyen realmente; apenas son otra cosa que un movimiento de labios.

Vienen las dentelladas invisibles de la carcoma y el estallido de celdas en el interior de la madera; el olor de la leche hirviendo y el silbido que produce al derramarse sobre las placas ardientes (bajo el hierro hay carbones encendidos), seguido de un sobresalto de mujeres.

La chapa encimera y las piezas atornilladas al frontal de la cocina económica brillan (las frotaban con asperón o piedra pómez molida y puesta en manojos de esparto) sobre el hierro aceitado.

Recuerdo mi rostro perdiéndose en la profundidad roja de los calderines (el latón lo limpiaban con paños empapados en vinagre) y el minúsculo pomo, macizo y con venas de cardenillo.

Las manos de mi madre eran grandes. Las ponía en mi frente queriendo medir una fiebre que quizá no existía y yo me acostumbré a sentir reunidos el olor a lejía y la ternura. Las manos fueron grandes en

años lejanos; no más tarde, cuando descansaron frías sobre la manta roja que envolvía sus piernas. Las venas, gruesas en otro tiempo, se habían sumido en una blancura hasta entonces inexistente.

También era difícil reconocer sus ojos, que habían sido ágiles aunque pareciesen siempre cristalizados en el cansancio. Se hicieron más grandes (se había dilatado su iris o se habían retirado sus párpados) y no había en ellos oscuridad ni señales de pensamiento. Tras la córnea, inexplicablemente azul o carente de color, no lo sé bien, permanecía una mirada interrogante y quieta. Había desaparecido la precisión de la pupila pero no la mirada. La transformación de sus manos y sus ojos duró cinco años, quizá más. Murió suavemente, dejando caer con cuidado la cabeza sobre la clavícula izquierda. Estábamos en la galería y el sol se retiraba ya del frontón blanco de las casas vecinas. Yo estaba dándole de comer.

La llave se ajustó al mecanismo oculto tras el escudo de latón que, simétrico, se repite inútilmente sobre la otra hoja del armario. Al girarla, de las escondidas uñas y ruedecillas se desprendió un chasquido metálico que pertenecía a otro tiempo.

La percepción se dilataba en un saber confuso, como si se hubiese coagulado mi pensamiento. Algo

que no me proporcionaba sufrimiento ni placer se deslizaba dentro y fuera de mí. El chasquido podría ser una más en la serie de marcas triviales que ayudan a medir el tiempo, pero yo interpretaba estas marcas con una dificultad originada quizá en el hecho de que el tiempo está intervenido por la muerte.

Quieto ante el armario, entré en una suavidad semejante a la que acompaña a los movimientos en los sueños; no tenía necesidad de distinguir entre lo posible y lo imposible y no hubo en mí sobresalto al oír el chasquido que sólo se producía cuando mi madre hacía girar la llave.

Pensé en ella: estática en la humedad, dentro de una atmósfera corporal tomada por un olor ácido, envuelta en silencio. El olvido descendía al esfínter al mismo tiempo que sus ojos se recogían en la quietud.

No tuve una conciencia completa de la situación, sumergido en un tiempo en el que carecía de importancia la diferencia entre el ahora y el antes.

Una de las puertas del armario es sólo el marco de un espejo grande en el que habrán entrado rostros que desconozco. En uno de los biseles (son anchos; antes los hacían con piedras giratorias), busqué una ráfaga de puntos rojos o negros, creados por una lepra que atraviesa el azogue, pero no logré localizar esta señal. Es una excoriación menuda, descubierta una tarde que, extraviado en el aburrimiento de alguna de mis enfermedades (las recuerdo

como si todas fuesen la misma, interminable), me asomé al espejo.

Retengo en modo separado una, sólo una, de aquellas enfermedades. Mi madre había envuelto la bombilla en una sarga roja. Fue en el dormitorio de la casa del Crucero. Los cuarterones estaban entornados para aliviar el calor. Escuchaba el motor y la voz de mi madre en una falsa lejanía creada por la fiebre. Ella cantaba con el cuerpo inclinado sobre la máquina Singer y la canción entraba en el bramido eléctrico y atraía el pasado a la galería en la que tan sólo había sombra bajo las hojas de las begonias.

Me había bajado de la cama y, con los pies descalzos, me acerqué al armario. Lo hacía muchas veces. Me ataviaba con un velo que ocultaba mis cabellos y dejaba pasar el tiempo mirando mis facciones enmarcadas. Lo hacía para buscar la que me parecía una delicada belleza: me mentía; me dejaba estar en la visión de alguien que, inexistente y femenino, sonreía con mi rostro.

En una de estas ocasiones vi los puntos negros en el bisel. Sesenta años después, en el mismo espejo, reapareció mi rostro, ceniciento y más grande de lo que es en realidad. Abrí la boca y, en la profundidad del mercurio, se formó una cavidad oscura alrededor de mi lengua. Los cabellos hacían ver una claridad desordenada y sucia que nada tenía que ver con la luz ni la sombra. Había un viejo irreal en el

interior de la lámina y advertí de manera incompleta que el viejo era yo.

Después, la profundidad visual se hizo alucinatoria: busqué insensatamente la mirada del niño que hacía teatro con su propia belleza.

He vivido siempre cerca de este armario que nunca se abría del todo. Durante años he pensado, sin dudas y también sin convicción, que el contenido que permanecía envuelto en la sombra no podía ser visto y conocido por nadie más que por mi madre.

Abrí las dos puertas. La tiniebla interior convertía en grisalla la penumbra de la alcoba. Hice entrar mi cabeza en la oscuridad del armario y entonces ocurrió algo que me envolvió en su realidad física: sentí el olor de mi madre. Viva.

No pensé nada. Pensar, me digo ahora mismo, era innecesario además de imposible.

El olor no era el antiguo de la lejía en sus manos ni el más próximo de los orines y las llagas hirvientes, sino otro más lejano y duradero: exudación limpia, restos de colonia de hierbas y de jabón cuajado en glicerina. Estas sustancias estaban incorporadas a ropas sostenidas por perchas dentro de las sombras. Advertía también el perfume grasiento de la madera interior, pero sólo como una segunda atmósfera que sostenía el olor de mi madre.

Me adentré más en el armario y, braceando, empecé a descolgar vestimenta: tejidos invernales y pesados, otros ligeros y cálidos, algunos delgados y crujientes. El crespón se deslizaba, frío, entre mis manos.

En los bolsos de los abrigos encontré gasas y encajes ásperos; debajo, en montones perfectos, como si hubiesen de permanecer así para siempre, los lienzos blancos (el algodón de las prendas interiores y las sábanas) que interrumpían la oscuridad de manera imprecisa. Al fondo del armario, en los zapatos vacíos (todavía están allí y aún huelen débilmente a betún y a la impregnación carnal; este olor, no sé por qué, se desvanece muy lentamente), advertí huellas de las articulaciones digitales acrecentadas por el calcio. Hay también bolsos de mano. Todos son negros y también el olor de su piel se incorpora a la atmósfera del armario en su zona inferior.

Saqué los bolsos uno a uno y los fui colocando sobre la cama que, como el armario, pertenece a otro tiempo. Tiene nervaduras en los barrotes y rúbricas de gubia en los entrepaños. En un ángulo del cabecero hay unos agujeros minúsculos y perfectos. Mi madre curaba esta pequeña ruina con formol. Se ahogaba. Recuerdo sus labios azulados.

En la habitación no había otra luz que una cinta de claridad que, atravesando la separación de las maderas ventanales, se quebraba al alcanzar el ángulo del techo raso. Se podían ver partículas de

polvo flotando en los restos del crepúsculo. Desaparecieron cuando encendí la lámpara y las formas se hicieron reconocibles. Esto me produjo un ligero sobresalto, pero pronto empecé a moverme suavemente, sin agitación, como un comerciante o un coleccionista en su costumbre: la luz eléctrica había hecho que los objetos perdieran su valor de apariciones pero el armario seguía lleno de sombra.

Dos bolsos no contienen otra cosa que un relleno de papeles arrugados. Hay otros cuatro más abultados. En el más grande, deshaciendo un envoltorio de periódicos amarillentos, encontré seis cintas; cuatro moradas y dos negras. Su longitud es mayor que la distancia entre los extremos de mis brazos abiertos y, al extenderlas, crujieron como hojas secas. Tienen pegadas grandes letras recortadas en oro fingido que leí sin enterarme.

En el bolso hay también fotografías. En una, muy antigua, la emulsión se ha descompuesto en manchas débilmente amarillas sobre una pareja: ella, encorsetada y halduda; él, perdido en un traje demasiado grande. Los dos miran a la cámara con ojos muy abiertos. No sé quiénes son.

En uno de los periódicos localicé un fotograbado en el que aparece mi padre ante una máquina de escribir. Está entrevistando a tres mujeres y tres hombres que posan en formación rígida y perfecta: ellas, sentadas, llevan pequeños sombreros redondos y sonríen unánimes con labios pintados en forma de

corazón; los hombres, en pie detrás de las sillas, están uniformados por bigotes excesivos.

Hay más fotografías (ninguna de ellas habrá sido tomada hace menos de sesenta años), todas pequeñas y con los bordes dentados. En una estoy vestido de blanco hasta las rodillas, tengo seis o siete años, del trajecillo salen unas piernas de convaleciente y sonrío de manera lamentable dando la espalda a la casa de Botines, la obra leonesa y menor de Gaudí.

Menos de un año, sólo unos pocos meses, debo de tener en otra en que me sostiene la que fue mi ama de cría; tiene el gesto cerradamente campesino y está uniformada como entonces se hacía con las muchachas (casi siempre solteras que habían perdido a su hijo o lo habían enviado a la inclusa) que servían en la lactancia. Mi rostro no dice nada; soy una criatura que mira sin saber lo que ve. Estamos entre el arbolado de un parque público. Es el Campo de San Francisco, en Oviedo.

De vez en cuando, en las fotografías, muy delgada y vestida de negro (lleva el pelo minuciosamente ceñido con horquillas), retraída, hurtándose a la instantánea, aparece mi madre. En la más pequeña de todas no está; yo tengo tres o cuatro años y soy un niño casi robusto. Parezco contento. Es una expedición familiar que merienda sobre la hierba. Estamos en León, en la Candamia, y nos rodea la chopera de una de las márgenes del Torio. Veo a mi madrina Sergia, que todavía no es vieja. Tiene el pelo cortado

a lo *garçon* y sonríe como lo hacía siempre, con una sonrisa que era una forma de desaparecer (pienso en su dolor de espalda y en su miedo al repartidor principal). Está su hijo, Ángel, Angelito, que sonríe también con los labios finamente plegados. No aparece el repartidor principal pero sí Basilio, un subordinado suyo en los economatos del ferrocarril. Está también una hija de Basilio; tiene, más o menos, la misma edad que yo. Conservo memoria de haberla buscado desnuda bajo una manta que alguien levantó repentina. Tuve miedo de la mirada y del silencio de mi madre.

Al cerrar el primer bolso, el mecanismo automático produjo un ruido seco. En el segundo hay un pequeño envoltorio de papel de seda rojo: agujas, dos canillas y un rosario negro. Las agujas y las canillas pertenecieron a las máquinas (Singer y Wertheim) compradas a representantes que habitaban pisos en la plaza Mayor. Atendían a través de una mirilla y distribuían maquinaria americana y alemana. Hace más de cuarenta años, yo obligué a mi madre a vender las máquinas. Temblaba al coger el dinero.

De otro paquete, sujeto con una goma sin elasticidad (casi podrida, saltó, rota, al manipularla), saqué un mazo de recordatorios y estampas piadosas que tiñeron mis dedos con restos de purpurina. En algunos recordatorios aparecen cabezas silueteadas dentro de un óvalo; en la mayor parte, sólo nombres, fechas y jaculatorias. Había nombres que

atraían rostros. Desaparecían antes de formarse en mí de manera completa.

Del tercer bolso saqué un tubo de Veramón (dos pastillas se deshicieron en una polvareda blanca) y un abanico negro con algunas varillas sueltas. Es el abanico de la menopausia. Mi madre lo tenía siempre a mano sobre las máquinas cuyos pequeños motores roncaban hasta el amanecer. Los años del abanico, posteriores a los que estoy recordando, fueron los de las grandes jaquecas que terminaban en vómitos y en la aparición de un rostro ceniciento. Yo la arrastré alguna vez hasta su cama, en la que permanecía algún tiempo sumida en un desmayo incompleto. Después, sin decir nada, se levantaba y volvía a las máquinas.

Hay, también envuelta en papel de seda rojo, una piedra azul (es sulfato de cobre –piedra lipe, le decían– para las llagas abiertas por las dentaduras postizas; conozco el sabor de este cauterio), y un velo mordido por las polillas. El cierre no funcionó y dejé el bolso abierto.

Del último bolso saqué un monedero con calderilla polvorienta (calderilla fuera de circulación) y la estilográfica de mi padre. Reconozco el olor de esta pluma: ámbar, ámbar rojo, fósiles de materias vivientes, se frota y atrae salvado y papeles de fumar.

Aún hay otro paquete en este bolso. Una vez más, la envoltura es en papel de seda, gris en este caso (el de las labores de la máquina Singer), sujeto con una

cinta adhesiva que se desprendió sola: dos relojes; uno, de oro, está unido a una pulsera también de oro y pesa groseramente. Se lo hizo llegar, no sé si antes o después de morir, Nieves, una amiga que mi madre tuvo a la que siempre conocí enferma. El otro reloj, minúsculo, es un hexágono con la esfera borrosa tras un cristal arañado. Está parado (nunca quiso arreglarlo) desde hace muchos años.

Volví a hundir la cabeza en las sombras. Una vez más, vino a mí el olor de mi madre. En una esquina del fondo se apoyan dos paraguas. Uno de ellos lo usó hasta no hace mucho; el otro (de envejecida seda azul, lo conservaba sin utilizarlo), pienso que es una reliquia contemporánea del charlestón. Al lado de los paraguas, apoyado también sobre el ángulo interior del armario, está el crucifijo arrancado del ataúd de mi padre.

Abrí el cajón inferior. Con dificultad (deben de estar crecidas las maderas). Hay una cubertería desconcertada y ennegrecida en sus propios ácidos. También, envuelta en felpa amarilla, una máquina de peluquero profesional; tiene algún diente quebrado pero aún funciona. Mi madre, durante los tres o cuatro primeros años de mi vida, me cortaba ella misma el pelo y dejaba en mi cabeza la insinuación de una melena.

En el mismo lateral del cajón, unas tijeras que han perdido los filos, unas gafas muy antiguas y dos pares de guantes; de lana y de piel. Los de piel no

tienen huellas de uso, se conservan flexibles y en su interior hay polvos de talco.

Deshice luego la envoltura de un pañuelo de seda negra (un pañuelo como los que se usan para sujetar las mandíbulas de los muertos) en el que no hay otra cosa que un manojo de periódicos y un montoncillo de tarjetas de visita: «sentido pésame», «sincera condolencia». A saltos, leí en los periódicos, que crujieron al desplegarse: «[...] un hombre enfermizo, encorvado por el peso de un sueño [...]», «[...] tenía la intuición de las grandes transformaciones [...]».

En el cajón hay dos estuches. En el más pequeño, resguardos de giros postales con fechas lejanas (anteriores y posteriores a la guerra civil), todos ellos mensuales y por importe de treinta y dos pesetas. Los firma el hermano mayor de mi madre y tienen que ver con una deuda que nunca se terminó de pagar. Hay también un recibo mecanografiado y firmado: «Una máquina Wertheim para vainicas, con motor eléctrico incorporado. 1.200 pesetas. 20 de febrero de 1938».

El estuche de mayor tamaño es una pieza de buen gusto; tiene en la tapa un dibujo de carácter oriental: dos garzas levantan el vuelo sobre una superficie suavemente lacada. Guarda un sello de oro con iniciales (las de mi padre) rodeadas de un esmalte negro, una sortija femenina con una piedra azul, otra con un cuarzo cristalino sujeto por garras y otra más con un pequeño brillante y una perla minúscula. Sé

que mi padre, aprendiz de orfebre en su juventud, hizo él mismo estas piezas. Hay también un reloj de bolsillo con el contorno labrado y verdoso. Y dos fotografías; dos cabezas sobre fondos oscuros: mi padre aparece vestido de manera poco convencional (apenas pueden verse unas solapas anticuadas y una gruesa corbata de lazo), aparenta tener algo más de treinta años y su aspecto denota escasa salud. Mi madre es poco más que una niña.

Hay, en esta caja, otra pequeña, negra y alargada. Dentro, en nicho de terciopelo morado y deslucido, una jeringuilla delgada y corta con refuerzos de acero (en el émbolo, también de acero, están las marcas para la dosificación) y una aguja hipodérmica. La jeringuilla destelló con la luz eléctrica.

Retorné todo al armario procurando dejarlo en el mismo orden. Cerré los pestillos interiores de la hoja izquierda. Hice girar la llave y el doble chasquido me devolvió a una vigilia que se hizo perfecta al apagar la lámpara y salir a la blancura amarillenta del pasillo.